

FIGURA Y OBRA DE MANUEL MARTÍN GUERRERO

RECUERDO que la primera vez que me enfrenté con la obra de Manuel Martín Guerrero fue hace algunos años en una exposición colectiva. La única referencia que tenía de él eran sus cuadros que debía comentar; más tarde establecimos contacto y como consecuencia de este acercamiento surgió la amistad y una mayor perspectiva en su quehacer artístico.

Martín Guerrero se inició bajo la influencia de José Rodríguez-Acosta y López Mezquita, dos granadinos que han trascendido en el mundo del arte, entre otras cosas, por ese sentido innato a lo español puro y palpitante. Esta afinidad suya de sangre y suelo no impidió luego que se soltara del realismo, sensual algunas veces, de estos dos grandes maestros que en sus comienzos buscaron la sombra de José la Rocha.

Farmacéutico y pintor; granadino afincado en Huesca. Ha expuesto en Gibraltar, Granada, Madrid, Sevilla, Zaragoza y Huesca. Dirigió la restauración de la capilla de Nuestra Señora de Europa, de Algeciras, y ha sido galardonado en diversos certámenes artísticos. Actualmente trabaja en varios retratos.

Artista culto, que bebe en todas las fuentes de la ciencia y el arte y que ama la música. Cultiva su mente con la pasión del intelectual; analiza friamente para volcar, después, su alma.

Aquí, en el Altoaragón, su pincel se torna áspero. Quiere plasmar el momento fugaz—sabe que Aragón va a tener abundante riego—del paisaje seco, mordiente, como si fuera asolado por una oculta maldición. El cambio de geografía choca en su sensibilidad, pero no la frena. Quizás la aridez de nuestro secano le evoque su tierra exuberante en frondosidad; una Granada con nostalgias turbadoras de zambras embrujadas con espejo de río grande... Contraste sorprendente que le excita, sin duda alguna, porque las tierras y piedras oscenses adquieren vida en la retina y obra de Manuel Martín Guerrero.

Le sorprendemos en su estudio museo—posee algunas pinturas antiguas de gran valor—. El artista retoca el retrato de una de sus hijas: Carolina. Delicadeza de tonos; de bellos ojos y mirar. Pintura sugestiva que asoma una depurada técnica y oculta un amor profundo.

—Moderna y clásica—me dice.

A Martín Guerrero le tira actualmente el movimiento plástico de hoy, sin olvidar a las grandes figuras del arte de siempre.

—El que no esté preparado en lo clásico—dice—que no pretenda hacer nada moderno.

—¿Dónde se inspira?—pregunto.

—En la música; también cuando encuentro la soledad.

Por la amplia sala estudio donde nos hallamos, suena la «Sinfonía escocesa», de Mendelssohn y unos oratorios del mismo autor. Martín Guerrero va hacia la biblioteca, extrae un libro de Miró y lee un pasaje.

—Su literatura es poesía—me dice.

Más tarde me acerco a su librería. Entre los textos de farmacia y arte veo obras de Baroja, Stendhal, Tolstoi, Julián Marías, Valle Inclán, Dostoyewsky, Ortega, Unamuno, Azorín, Marañón.

—En cierta ocasión, Victorio Macho, el gran maestro de la escultura contemporánea, me dijo que las grandes cosas, cuando son buenas, coinciden; que el realismo es lo externo y que conviene distinguir—digo a Martín Guerrero.

—¡Sí, claro, claro!—exclama.

A nuestra izquierda y derecha, cuadros suyos. Retratos al óleo y pastel, paisajes y bodegones. «Estatismos sumisos», que diría José Francés al definir la naturaleza muerta. También fotografías. Podemos decir que el objetivo fotográfico no tiene secretos para él; tampoco las cámaras cinematográficas. Ha realizado magníficos reportajes en color. El primero que se hizo sobre las fiestas de San Lorenzo de Huesca lo filmó en el año 1954. Posteriormente realizó otro cortometraje, también en color, titulado «Paseo por Huesca». Nuestra ciudad, con sus monumentos y alrededores, están cogidos con gran visión artística. Asimismo y en blanco y negro, la Semana Santa oscense. Ha buscado rincones solitarios; callejas sin iluminar, para enmarcar mejor la agonía de Cristo entre los hombres. Ahora tiene el proyecto de plasmar en el celuloide todo el valle de Ansó.

Preside la sala un retrato de su esposa. Pintura tratada con austeridad y elegancia. Lo trivial deja paso a lo señero. Hoy armonía y luminosidad. Paralelos a éste muchos más retratos. Sobre un caballete y sin



«Carolina», de bellos ojos y mirar. Obra de Martín Guerrero, que oculta un amor profundo. El artista da los últimos retoques,

terminar, el de un general. El dibujo, vigoroso, está definido, hecho. Bodegones, algunos con colores exaltados, fogosos; otros, delicados, sutiles. Rosas y azules.



«Pueblo», óleo de Manuel Martín Guerrero.

Martín Guerrero deja el pincel y me dice:

—Procuro recoger, no la frialdad aparente de lo que vemos, sino aquello que aparece escondido; que presentimos y que justifica en realidad su existencia. Rodríguez-Acosta y López Mezquita, a quienes admiro, me dieron la mano del saber en el arte. Les debo mi ilusión primera.

Una ilusión que todavía perdura porque ha arraigado en su alma.

FÉLIX FERRER GIMENO